

Serenísima palabra

Actas del X Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro
(Venecia, 14-18 de julio de 2014)

Sobre el estilo de Juan de Valdés

Antonio Martínez González
(Universidad de Granada, España)

Abstract Juan de Valdés's religious curiosity, and the fact that he addressed a group of Italians, led him to be strongly concerned about the accuracy of his preaching, to feel a great respect towards the religious text and to avoid by all means artifices that could undermine the content of the message. When asked by linguistic issues by some of his disciples, he drafted his *Dialogo de la lengua* (circa 1535), where he explains, among other things, his thoughts on style: «the style of mine comes naturally, and with no affectation I write as I speak». If we look into the circle of Italian friends of Valdés, it is possible that many of them understood Spanish but did not write in it; Valdés intended to pave the way and facilitate the reading and writing, bearing in mind that reading was made aloud so that others could listen, understand and annotate in Spanish what Valdés said or had written while others read. Valdés introduces his «write as I speak» as a rule of simplicity: a writing without affectation bound to what was said in order to facilitate its religious goals; the accuracy of the religious text leads him to propose another form of accuracy: the phonetic and graphic accuracy of what is being said.

Keywords Juan de Valdés. Diálogo de la lengua. Style. Spanish Golden Age, History of Linguistics. History of Spanish language. Stylistic development. Orthography. Phonetics.

En la sobremesa de un almuerzo ofrecido para celebrar la vuelta de un largo viaje, sus amigos Marcio y Coriolano, ambos italianos, y Torres (Pacheco en otras ediciones), español, preguntan a Juan de Valdés por cuestiones lingüísticas (origen de la lengua, gramática, ortografía, léxico, estilo, etc.); este es el contenido del *Diálogo de la lengua*, escrito, según parece, a finales de 1535; las respuestas y explicaciones conforman un interesante tratado sobre el castellano de enorme interés para la lingüística española y su historia, y, al mismo tiempo, una alabanza de la lengua acorde con el espíritu renacentista de exaltar lo natural y las lenguas vernáculas frente al latín aprendido. Aquí nos interesa la contestación que da a la pregunta que le hace Marcio acerca de lo que observa y guarda en cuanto al estilo:

Para deziros la verdad, muy pocas cosas observo, porque el estilo que tengo me es natural, y sin afetación ninguna escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar de vocablos que sinifiquen bien lo que quiero dezir, y dígolo quanto más llanamente me es possible, porque a mi parecer en ninguna lengua stá bien el afetación; quanto al hazer

diferencia en el alçar o abaxar el estilo según lo que scrivo, o a quién escrivo, guardo lo mesmo que guardáis vosotros en el latín. (p. 233)¹

Este párrafo ha dado lugar a muchos comentarios. Se ha entendido como un deseo de precisión y sencillez, de naturalidad, de eliminar diferencias entre lengua escrita y lengua hablada, es decir, la lengua debe ser natural y debe huir de la afectación, idea que se refuerza con la propuesta valdesiana de elegir como modelo de lengua la que encierran los refranes, lengua popular pero elaborada, dado que no le satisface la lengua literaria:

La lengua castellana nunca ha tenido quien escriba en ella con tanto cuidado y miramiento quanto sería menester para que hombre, quiriendo o dar cuenta de lo que scrive diferente de los otros, o reformar los abusos que ay oy en ella, se pudiesse aprovechar de su autoridad. (p. 123)

Creemos que conviene analizar las palabras de Valdés en su momento histórico, social y religioso.

La relación con los alumbrados españoles y con Erasmo empujó a Valdés a vivir el Evangelio como los cristianos primitivos. Impregnado por estas nuevas ideas, crea en torno a sí en Nápoles un círculo en el que se discutían temas religiosos. Para este grupo, bastante numeroso, formado por eclesiásticos y personas cultas, escribió sus obras y realizó unas traducciones de los Salmos, del evangelio de san Mateo y de algunas epístolas de san Pablo, entre ellas la dirigida a los romanos, cuya lectura había empujado a muchos al erasmismo y al luteranismo. El hecho es que Valdés, un español, se convierte en guía espiritual de un grupo de italianos (y de algunos españoles), y surge entonces el problema de la fidelidad al texto sagrado y de la lengua elegida para la predicación.

Preocupado por la exactitud y por no inducir a error a nadie, Valdés opta por hablar en castellano, su lengua materna que dominaba perfectamente, y por utilizar, igualmente, esta lengua en sus traducciones y escritos. Como estos estaban destinados principalmente a italianos, Valdés, como dice Lapesa (1940, p. 13), da consejos sobre usos lingüísticos para que entendieran mejor lo que para ellos escribía. Su deseo de fidelidad al texto sagrado hace que Valdés prefiriera que fueran sus discípulos los que no comprendieran o erraran, a ser él la causa de su equivocación. Ese hecho, común entre los humanistas, es el que le lleva a la sencillez y a alejarse de la grandilocuencia; los adornos, la afectación, podían llevar a la confusión; a esta preocupación hay que sumar el deseo de llevar la verdad del Evangelio a las gentes sin ambigüedad, lo que obligaba a ser

1 Citamos siempre por la edición de Cristina Barbolani (1982) e indicamos únicamente la página.

muy cuidadoso con la lengua de comunicación. Gruber (2006, p. 285) cree que si la obra religiosa de Valdés se centra en la doctrina, la forma de la misma busca la claridad, sin temor a la monotonía de expresión.

Cuando Valdés hace la traducción de las epístolas de san Pablo, según el texto griego de Erasmo, en la dedicatoria a Julia Gonzaga dice Valdés:

En la traducción he querido yr muy atado a la letra, sacándola palabra por palabra, en quanto me ha sido posible, y aun dejando ambigüedad adonde hallándola en la letra griega, la he podido dexar en la castellana, quando la letra se puede aplicar a una inteligencia y a otra. Esto he hecho, porque traduciendo a San Paulo no he pretendido escribir mis conceptos, sino los de San Paulo. Es bien verdad que adonde me ha parecido he añadido algunas palabrillas en el texto; pero algunas d'ellas se entienden en la letra griega, aunque no están escriptas, y otras parece que necesariamente se han de entender. Todas éstas, como veréys, van señaladas² a fin que las conozcáys por mías, y las tratéys como os pareciere, quanto a leerlas o no leerlas. (citado en Menéndez Pelayo 2003, 4: cap. 4, III, n. 1474)

El respeto al texto («yr muy atado a la letra») lleva a Valdés a adoptar el uso y la sencillez como modelos, actitud que no es exclusiva de Valdés, también en *Il cortegiano*, obra publicada en 1528 y que tuvo que conocer Valdés, se formula este principio como alabanza de la sencillez y de la bondad de la lengua vulgar: «Perche la forza, ouero regola del parlar bene, consiste piu nell'uso, che in altro, et sempre è uitio usar parole, che non siano in consuetudine» (Castiglione 1584, s.n., p. 7 de la citada carta). No olvidemos que el principio de naturalidad, sencillez y claridad que une a Valdés y a Erasmo lleva consigo el rechazo de cualquier retórica opaca (cfr. Vian 2010a, p. 53). Vian (2010b, p. CLXXIII) afirma que la idea de escribir como se habla y el huir de la afectación es algo que toma Valdés de Erasmo (*De conscribendis epistolis*, 1522), igual que la enseñanza de la lengua por el uso y no por el arte (*Ciceronianus*, 1528).

Tenemos, pues, hasta ahora, un «escribo como hablo» que aboga por la lengua usual y por la sencillez, y que rechaza el artificio y el adorno por el deseo de acercarse clara y fielmente al contenido del texto original comentado. No obstante, la afirmación «escribo como hablo» puede ser también entendida como propuesta de una escritura que refleje fielmente la pronunciación, como había expuesto Gauger (2004, p. 696; 1989, p. 58; 1996, p. 345); es decir, se deben escribir las palabras tal como se pronuncian, sin grafías superfluas y sin tomar la etimología latina o griega como excusa

2 Valdés usaba en las traducciones de sus obras religiosas tinta de otro color para indicar los añadidos propios, muestra evidente del respeto por el texto original.

para adornar el texto; hay que escribir sin afectación ortográfica. Valdés no solo pretende que la escritura refleje la pronunciación, sino que marca, como dice Gauger, el alejamiento de la ortografía afectada e influida por el latín y la consideración del castellano como lengua con identidad propia frente al latín.

Si vemos desde esta perspectiva el *Diálogo*, la propuesta «escribo como hablo» tiene también perfectamente sentido: acuciado por las preguntas de quienes no dominaban completamente el castellano y de quienes conociéndolo querían disipar algunas dudas acerca de la escritura de frases y palabras en la predicación o en la obra de Valdés, este recurre a un diálogo para dar respuesta a todos y, al mismo tiempo, exponer sus ideas acerca del uso y la norma de la lengua. Valdés se centra mayoritariamente en resolver dudas de escritura, que soluciona mediante la referencia a la pronunciación. El escribo como hablo, dice Rivarola, está referido, en principio, al estilo pero «tiene su más radical manifestación en la propuesta ortográfica de nuestro autor (no siempre realizada, como es sabido, en su propio uso) de carácter eminentemente fonético, con concesiones mínimas – no demasiado sorprendentes – a patrones etimológicos» (1998, p. 99). Rivarola mantiene que tal principio «corresponde más a un ideal general de naturalidad y llaneza en el uso idiomático que a una real ecuación entre oralidad y escritura, y menos todavía a una falta de conciencia acerca de las características y de las restricciones que son propias de cada uno de ambos registros» (p. 99), y cree que gran parte del discurso valdesiano sobre la variación³ está situado en la perspectiva de una conciencia diferenciadora a este propósito.

Valdés no ha estudiado gramática castellana, conoce el castellano por uso, por eso todas las explicaciones tienen carácter personal, hecho, por otro lado, esperable porque en su época, salvo la obra de Nebrija, no había nada escrito sobre la lengua castellana que pudiera servir de modelo, y para Valdés no es Nebrija gramático o lexicógrafo digno de referencia. Esto explica, desde nuestro punto de vista, el aparente desprecio, solo aparente, hacia la lengua vulgar. La afirmación:

Me parece cosa fuera de propósito que queráis vosotros agora que perdamos nuestro tiempo hablando en una cosa tan baxa y plebeya como es punticos y primorcicos de lengua vulgar, cosa a mi ver tan agena de vuestros ingenios y juizios que por vuestra honra no querría hablar en ella, quando bien a mí me fuesse muy sabrosa y apazible (p. 122)

3 Rivarola (1998, pp. 88-89) indica que Valdés se interesa poco por la variación dialectal; lo que sí le interesa es la variación social, que Valdés califica positiva o negativamente ('escribir bien', 'hablar bien', 'sonar bien', 'tener por bueno', 'grosero', 'plebeyo', 'feo', 'vulgar', 'baxo', etc.). La diferenciación entre lo plebeyo, vulgar, rústico o villanesco y lo cortesano o discreto marca la oposición social, el criterio social, que es, fundamentalmente intelectual; hay palabras que usan otros, pero no son cortesanos ni bien hablados (Rivarola 1998, p. 93).

no es otra cosa que simple defensa de su escasa preparación para afrontar en profundidad temas gramaticales sobre la lengua castellana; de hecho, la mayor parte del *Diálogo* se centra en justificar las palabras que usa y la justificación se basa en la consideración de que esa debe ser la forma y pronunciación, y no otra, simplemente porque le parece a él la más apropiada.

Hay, además, que relacionar estas palabras con el desprecio que manifiesta por Nebrija y sus obras sobre el castellano (gramática y vocabulario); parece que Valdés contraponen el *uso* (que él centra normativamente en los refranes) al *arte* nebrisense, basado en la lengua culta, lo que supone que una lengua viva debe basarse en el uso frente a una lengua muerta, que se fundamenta en libros, y que desprecia el *arte* – representado entonces por Nebrija – como instrumento para aprender una lengua, «porque ya sabéis que las lenguas vulgares de ninguna manera se pueden reducir a reglas de tal suerte que por ellas se puedan aprender» (p. 153). Quizá aquí esté también la equivalencia escritura-oralidad, el «escribo como hablo» como ruptura de la barrera entre escribir y hablar, entre el arte y el uso (cfr. Barbolani 1982, pp. 80-82; Bustos 2011).

Obviadas las evasivas, Valdés emplea casi una quinta parte del *Diálogo* en los preliminares, en el origen del castellano y las lenguas de España, y en fijar el modelo de lengua de que van a tratar, «la lengua que se usa en la corte» para evitar desviaciones diatópicas: «las diversidades que ay en el hablar castellano entre unas tierras y otras» (p. 142). Entra entonces en la conversación la gramática, que Valdés despacha con sus «tres reglas generales [...]; las cuales a mi ver son de alguna importancia para saber hablar y escribir bien y propiamente la lengua castellana» (p. 146). Como vemos, el principio «escribo como hablo» está presente incluso en un aspecto, el gramatical, que se aleja de la ortografía y de la fonética, y la primera de las tres reglas incide en eso: «Que miréis muy atentamente si el vocablo que queréis hablar o escribir es arávigo o latino, porque, conocido esto, luego atinaréis cómo lo avéis de pronunciar o escribir» (p. 147). Sí sabe Valdés que esta regla no es propiamente gramatical; Marcio responde: «Stá bien, pero esso más pertenece para la ortografía y pronunciación que para la gramática», a lo que Valdés contesta: «Assí es la verdad, yo os digo lo que se me ofrece; ponedlo vosotros en el lugar que quisiéredes» (p. 147). El mismo sesgo tiene la tercera regla:

Que en la pronunciación de los vocablos miréis bien en qué sílaba ponéis el acento, porque muchas vezes el acento haze variar la sinificación del vocablo [...]; y por esta causa, quando yo escribo alguna cosa con cuidado, en todos los vocablos que tienen el acento en la última, lo señalo con una rayuela. (pp. 151-152)

Estas dos reglas vienen a corroborar que la intención de Valdés se centra más en la escritura y pronunciación que en la gramática misma, de la que

quiere apartarse⁴ y a cuyos temas se refiere en algunas ocasiones como «gramatiquerías» (pp. 146, 155 y 179).

La explicación que da Valdés a las preguntas sobre palabras se refiere a la escritura y a la pronunciación de la misma según su criterio personal; sobre, por ejemplo, por qué escribe 'rencor', 'renacuajo' y 'rebaño' en vez de 'rancor', 'ranacuajo' o 'rabaño', Valdés responde: «A esso no os sabré dar otra razón sino que porque assí me suena mejor, y he mirado que assí escriven en Castilla los que se precian de scrivir bien» (p. 158), pronunciación y escritura, esta última, cuidada, de «los que se precian de scrivir bien», o sea, la misma idea de Pietro Bembo: son los cultos los que enriquecen la lengua. Por fonética sintáctica explica la aféresis *e-* tras un vocablo que acabe en esa vocal («Casa de sgremidores», «El socorro de Scalona») y la escritura sincopada de algunos sintagmas en que se repite una vocal: «assí escrivo desta manera: 'En achaque de trama stâcá nuestrâma', donde, poniendo todas las vocales, avía de scrivir *está acá* y *nuestra ama*. Y de la mesma manera: 'Ninguno no diga: destâgua no beberé', por *de esta agua*» (p. 167; énfasis del Autor).

Si Marcio pregunta: «¿A qué propósito ponéis unas veces en *esta, este, esto, e* al principio y otras no, aunque el vocablo precedente no acabe en *e*?» (p. 159), la explicación de Valdés incide otra vez en la relación pronunciación-escritura:

Yo os diré; porque, como sabéis, unas veces *está, esté* y *estó* son verbos y tienen una sinificación, y otras veces son pronombres demostrativos y tienen otra sinificación; hame parecido, por no hazer tropeçar al letor, poner la *e* quando son pronombres, porque el acento stá en ella, y quitarla quando son verbos, porque, estando el acento en la última, si miráis en ello, la primera *e* casi no se pronuncia, aunque se scriva. (p. 159)

Las preguntas continúan y las respuestas y explicaciones siguen la misma tendencia: 'cobdiciar', 'cobdo', 'dubdar' y 'súbdito' llevan *-b-* «porque a mi ver los vocablos están más llenos y mejores con la *b* que sin ella, y porque toda mi vida los he scrito y pronunciado con *b*» (p. 168).

Marcio plantea en el *Diálogo* la diferencia en la escritura entre *q-* y *c-*, Valdés contesta:

Digôs que en esto no tengo regla que daros, salvo que, pareciéndome que conviene así, a todos los nombres que sinifican número, como *quatro, quarenta*, pongo *q*, y también a los pronombres, como *qual*; y de verdad son muy pocos los que me parece se deven escribir con *c* [...].

4 Sí son de contenido gramatical la segunda regla: «Poner en cada vocablo su propio artículo» (p. 149), y las páginas que dedica a «saber juntar el pronombre con el nombre [...] y con el verbo» (pp. 153-154).

Y si uno, siendo natural de la lengua, quisiere con diligencia mirar en ello, la misma pronunciación le enseñará cómo ha de scriver el vocablo. (pp. 168-169)

Coriolano quiere saber cuándo poner la «cerilla» ('cedilla') y Valdés le responde: «La mesma pronunciación os lo enseñará», y el italiano vuelve a preguntar: «¿De manera que para saber escribir bien es menester saber primero pronunciar bien?», y Valdés responde de nuevo: «¿Quién no lo sabe esso?» (p. 187).

La idea de que escritura y habla están unidas le sirve al conqueense como argumento contra Nebrija; Marcio le pregunta por el uso del prefijo *a-* en palabras que el sevillano escribe con *en-* (por ejemplo, 'avergonçar' y 'ahorcar', que Nebrija escribe 'envergonçar' y 'enhorcar'), la respuesta incide en la unión de habla y escritura: «Aquel hombre no era castellano, sino andaluz, hablaba y escribía como en Andalucía, y no como en Castilla» (p. 190).⁵ Las respuestas de este tipo demuestran, al mismo tiempo, que la ortografía es un hecho cultural en el que la convención de la letra está profundamente arraigada en el sentimiento identitario (cfr. Moreno Cabrera 2005, 2008). Debe tenerse en cuenta que, como indica Vian (2010a, p. 56), para que la conversación sea creíble, debe existir ilusión de realidad o verosimilitud, lo que explica que Valdés haga en su *Diálogo de la lengua* una demostración estética y teórica de lenguaje hablado, de discurso cotidiano. Además, la forma mimética (no hay narrador ni verbos de habla), la sintaxis sencilla y el estilo cercano al hablado crea un efecto de realidad y de verosimilitud (Vian 2010b, p. CXXXII).

Valdés da reglas de sencillez y de claridad en concordancia con su labor religiosa de respeto al texto: «Hablar o escribir de suerte que vuestra razón pueda tener dos entendimientos en todas las lenguas es muy gran falta del que habla o escribe» (p. 235). Por eso, en la parte final de su *Diálogo* aboga por la sencillez y la concisión:

Que todo el bien hablar castellano consiste en que digáis lo que queréis con las menos palabras que pudiéredes, de tal manera que, esplicando bien el conceto de vuestro ánimo, y dando a entender lo que queréis dezir, de las palabras que pusiéredes en una cláusula o razón no se pueda quitar ninguna sin ofender a la sentencia della, o al encarecimiento, o a la elegancia. (p. 237)

Claridad y concisión que lleva a la escritura y a la pronunciación porque para otros escribe y predica; su meta es evitar la afectación y el adorno que

5 Alegato contra Nebrija, del que alaba su conocimiento y obra latina pero desprecia la castellana, y muestra de que ya en Andalucía se había producido una evolución, al menos en el plano fonético, del castellano.

puedan llevar al error o a la incomprensión, lo cual no significa vulgaridad, «porque, como sabéis, buena parte del saber bien hablar y escribir consiste en la gentileza y propiedad de los vocablos que usamos» (p. 193) y el *Diálogo* es una explicación de los vocablos gentiles y apropiados que usa Valdés, que dice unas líneas más abajo:

Avéis de saber que, cuando yo hablo o escribo, llevo cuidado de usar los mejores vocablos que hallo, dexando siempre los que no son tales [...]; porque, aunque al parecer se conforman más con el latín aquéllos [que usan otros] que éstos [que uso yo], son éstos más usados y an adquirido opinión de mejores vocablos. (pp. 194-195)

Quizá aquella idea de Cartagena, Mena o Lucena, que en el siglo XV consideraban el castellano como lengua apta para tratar cualquier tema, es la que Valdés retoma en Nápoles influido por los autores italianos, y frente a la predicación en latín usa el castellano; creemos que con esta decisión Valdés también quiere apartarse del latín eclesiástico, impuro y poco fiel con el contenido de los textos sagrados. Si su predicación era distinta, al margen de la oficial de la Iglesia, la lengua tenía que hacerse eco de esa diferencia. Erasmo escribió en latín para que sus ideas llegaran a todas partes, Lutero tradujo la Biblia para que fuera conocida entre los alemanes y Valdés predicó para su círculo napolitano al que quiso explicar sus ideas con sinceridad y con fidelidad al texto original, y eso solo podía hacerlo en su lengua materna, el castellano. Es posible que Valdés quisiera crear una lengua de cultura sencilla y apropiada para el intercambio de conocimientos, como indican Montesinos (1953, p. LIX) y Lope Blanch (1984, p. 10), pero no porque el círculo napolitano no le pidiese gollerías literarias, como cree Montesinos, sino porque no quería apartarse de la palabra divina y porque la explicación religiosa tenía que hacerla en castellano para no errar. Valdés cuida su lenguaje, lo cual no significa alejarse de la sencillez. Valdés parece aquí seguir a Pietro Bembo, partidario de una lengua vulgar cuidada (Bahner 1977, pp. 66 y 68), y propone un lenguaje cuidado y cortesano (cfr. Lope Blanch 1984, p. 30; Barbolani 1982, pp. 82-83), aunque el modelo que aflore en el *Diálogo* sea el de su propio uso.

Valdés, un humanista crítico, se propone como modelo ante sus amigos italianos y se apoya en los refranes para reforzar su autoridad, pero es su sentido lingüístico el que le lleva a elegir una forma frente a otra, aunque algunas veces yerra en la elección si vemos el rumbo que finalmente tomó la lengua. Como dice Bustos (2011, p. 474), Valdés «no concebía otro ‘buen hablar’ que el suyo, es decir, el de los humanistas de principio del XVI que se habían liberado de la presión retórica y latinizante del siglo XV» (cfr. Barbolani 1982; Rivarola 1998, pp. 90-91).

«Escribo como hablo» toma una nueva dimensión. No es uso vulgar, porque «tal es nuestro estilo, quales son los libros en que leemos»

(p. 239); es, dice Gauger (1996, p. 345), una sencillez producida, pero es sencillez, como dice en el párrafo citado más arriba, basada en su propio criterio, - «yo por mí no lo osaría dezir ni escribir» (p. 150), responde cuando le preguntan por la supresión de la vocal del artículo ('l'arca', por ejemplo). Recuérdesse que ya Garcilaso, contemporáneo de Valdés, alaba en Boscán el «huir del afetación sin dar consigo en ninguna sequedad, y con gran limpieza de estilo usó de términos muy cortesanos y muy admitidos de los buenos oídos» (Lapesa 1981, p. 303). La finalidad que persigue Valdés es que su círculo de amigos entienda sus palabras, habladas o escritas, y pueda escribirlas y leerlas como él cree que deben ser escritas o leídas. La fidelidad al texto religioso escrito le lleva a proponer otra fidelidad: la fidelidad fonética y gráfica a lo dicho.

El «escribo como hablo» puede ser considerado como una manera de promover una escritura destinada a ser leída en voz alta, una escritura que se atuviera fielmente a la forma de la palabra en la conversación, como propuso Quintiliano. M. Frenk cree que en el Siglo de Oro «se escribía teniendo en mente a un lector que pronunciaba lo que leía y a unos oyentes que querían entenderlo» (1986, p. 550); si nos situamos en el círculo de amigos italianos de Valdés, es posible entender que muchos comprendieran el castellano pero no lo escribieran (todos sabemos que cuesta más escribir que hablar, y mucho más si de una lengua extranjera se trata), Valdés quiere allanar el camino y facilitar la lectura y la escritura, sin olvidar que esa lectura era en voz alta para que otros escucharan, entendieran y anotaran en castellano lo que Valdés decía o lo que había escrito y otros leían. Valdés presenta su «escribo como hablo» como regla de sencillez. Escritura sin afectación y que se atuviera a lo dicho para facilitar su finalidad religiosa y la comunicación, en castellano, dentro del círculo religioso que formó en Nápoles.

Bibliografía

- Bahner, Werner (1966). *La lingüística española del Siglo de Oro: Aportaciones a la conciencia lingüística en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Ciencia Nueva.
- Barbolani, Cristina (ed.) (1982). *Valdés, Juan de: Diálogo de la lengua*. Madrid: Cátedra.
- Bustos Tovar, José Jesús de (2011). «Hablo como escribo». En: Bustos Tovar, José Jesús de et al. (eds.), *Sintaxis y análisis del discurso hablado en español. Homenaje a Antonio Narbona*. 2 vols. Sevilla: Universidad de Sevilla, pp. 459-477.
- Castiglione, Baldassarre (1584). *Il cortegiano del conte Baldassarre Castiglione. Riueduto, et corretto da Antonio Ciccarelli da Fuligni*. Venezia: Bernardo Basa.
- Frenk Alatorre, Margit (1986). «La ortografía elocuente (testimonios de lectura oral en el siglo de Oro)». En: Kossoff, A. David et al. (eds.), *Actas*

- del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Providence, 22-27 de agosto de 1983). Madrid: Istmo, pp. 549-556.
- Gauger, Hans-Martin (1989). «La conciencia lingüística en el Siglo de Oro». En: Neumeister, Sebastián (ed.), *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Berlín, 18-23 de agosto de 1986), vol. 1. Berlín: Vervuert, pp. 45-64.
- Gauger, Hans-Martin (1996). «'Escribo como hablo'. Oralidad en lo escrito». En: Kotschi, Thomas et al. (eds.), *El español hablado y la cultura oral en España e Hispanoamérica*. Frankfurt am Main: Vervuert; Madrid: Iberoamericana, pp. 341-358.
- Gauger, Hans-Martin (2004). «La conciencia lingüística en la Edad de Oro». En: Cano, Rafael (ed.), *Historia de la lengua española*. Barcelona: Ariel, pp. 681-699.
- Gruber, María Teresa (2006). «El *Diálogo de la lengua* y la comunicación en el Reino de Nápoles». En: Fernández Alcaide, Marta; López Serena, Araceli (eds.), *Cuatrocientos años de la lengua del 'Quijote': Estudios de historiografía e historia de la lengua española*. Sevilla: Universidad de Sevilla, pp. 279-289.
- Lapesa, Rafael (ed.) (1940). *Valdés, Juan de: Diálogo de la lengua*. Zaragoza: Ebro.
- Lapesa, Rafael (1981). *Historia de la lengua española*. Prólogo de Ramón Menéndez Pidal. 9a ed. Madrid: Gredos.
- Lope Blanch, Juan M. (ed.) (1984). *Valdés, Juan de: Diálogo de la lengua*. 3a ed. Madrid: Castalia.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino (2003). *Historia de los heterodoxos españoles [en red]*, vol 4. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. URL <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmch9937> (2017-05-11).
- Montesinos, José F. (ed.) (1953). *Valdés, Juan de: Diálogo de la lengua*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Moreno Cabrera, Juan Carlos (2005). *Las lenguas y su escritura: Tipología, evolución e ideología*. Madrid: Síntesis.
- Moreno Cabrera, Juan Carlos (2008). «La personalidad de las letras. El valor identitario de los sistemas de escritura». En: Bustos, José Jesús de; Iglesias, Silvia (eds.), *Identidades sociales e identidades lingüísticas*. Madrid: Universidad Complutense; Instituto Universitario Menéndez Pidal, pp. 101-118.
- Rivarola, José Luis (1998). «El discurso de la variación en el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés». En: Oesterreicher, Wulf et al. (eds.), *Competencia escrita, tradiciones discursivas y variedades lingüísticas: Aspectos del español europeo y americano en los siglos XVI y XVII*. Tübinguen: Gunter Narr, pp. 83-108.
- Vian Herrero, Ana (2010a). «La mimesis conversacional en el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés». *Criticón*, 40, pp. 45-79.
- Vian Herrero, Ana (ed.) (2010b). *Diálogos españoles del Renacimiento*. Toledo: Almuzara.